

se había adelantado de orden suya hasta Gamonal con la 4.^a division de dicho ejército, y acometió á Lasalle que había llegado á Villafria. Decidido á empuñar una accion, no quiso el enemigo esperarle por carecer de infanteria, visto lo cual, ratificóse Alós en su propósito y trabó decidido el combate; pero fué rechazado al momento y tuvo que volverse á Gamonal. Habiéndose entonces reunido en esta poblacion las demas divisiones de Estremadura, colocó Belveder las tropas mas prácticas en los puntos de mayor peligro, y á su abrigo las bisoñas. El frente de los nuestros estaba defendido por 16 piezas de artilleria; la derecha ocupaba un bosque cerca del rio Arlanzon, y la izquierda esperaba al enemigo arrimada á las tapias de una huerta. Lasalle, el primer general de caballeria, ó uno de los primeros al menos que entonces tenia la Francia, colocó sus ginetes en una llanura que estaba entre el bosque y el rio, y el general Mouton mientras tanto atacó con sus infantes el bosque ocupado por nuestra derecha. Desordenóse esta al poco rato, alarmada con la vista de la caballeria de Lasalle, á la cual intentó vanamente oponerse el gefe de la nuestra Henestrosa, con harto mas valor que sensatez y conocimiento de lo que hacia, inferior en todos conceptos á sus numerosos contrarios. El resultado fué otra derrota, y acabar de ser destrozada nuestra derecha, con lo cual intimidada la izquierda declaróse en precipitada fuga. Nuestra desercion fué completa, y terrible la pérdida tambien. En consecuencia de esta desgraciada accion, dada el 10 de noviembre, cayó Burgos en poder del enemigo, que entregó la ciudad al saqueo. Bessieres persiguió á los fugitivos, acuchillándoles sin piedad y cojiéndoles varios cañones. Belveder llegó á Lerma el mismo dia, y allí se halló con la tercera division de Estremadura, pasando luego con ella y los dispersos que se le habian reunido á Aranda de Duero, huyendo del enemigo que tampoco le dejó quieto allí, obligándole finalmente á buscar su refugio en Segovia, donde le sucedió D. José de Heredia.

Los habitantes de Burgos habian huido de la ciudad en su mayor parte, siendo la entrada del emperador en ella sombría y silenciosa por demas. El dia 12 publicó Napoleon en la misma un indulto general, en el cual concedia amnistia completa á todos los españoles que en el espacio de un mes, contado desde su entrada en Madrid, desistiesen de hostilizarle. Dicha gracia comprendia hasta á los generales y juntas, con la sola escepcion de la Central. Los duques del Infantado, de Híjar, de Medinaceli y de Osuna, los condes de Fernan-Nuñez y de Altamira, el principe de Castelfranco, el marques de Santa Cruz del Viso, D. Pedro Ceballos y el obispo de Santander, eran igualmente objeto de escepcion entre los particulares, puesto que el emperador los declaraba traidores á la causa española, no menos que á la francesa, y disponia que en el momento de ser aprehendidos fuesen juzgados por una comision militar y pasados por las armas, confiscándose ademas todos sus bienes. Este decreto de proscripcion fué el primero de su clase en España, recayendo así sobre Napoleon la responsabilidad del mal ejemplo que con él se daba á un pais tan espuesto á adoptar represalias en aquellas circunstancias terribles.

Derrotados los nuestros en la batalla de Burgos, habia Soult enviado tras ellos una columna por la parte de Lerma, y otra hácia Palencia y Valladolid, dirijiéndose él en persona del lado del Norte para cortar la retirada á Blake. Este habia llegado á Reinosa, donde como hemos dicho, creia que sus tropas podian tener algun descanso; pero noticioso de que Lefebvre se dirijia á él por Villarcayo, envió á Leon la artilleria con los enfermos y heridos. Estos en su azorada marcha tuvieron un encuentro con los franceses, pereciendo algunos á manos del enemigo, entre ellos el valiente Acevedo. Su ayudante D. Rafael del Riego, tan célebre y desgraciado despues, fué hecho tambien prisionero en aquel combate. Nuestra artilleria se salvó felizmente. Blake entretanto salió de Reinosa en la noche del 13, y caminando por enriscados y ásperos sitios, vino á dar consigo en el monasterio de benedictinos de Escalona, tres leguas de Leon y al pié de las montañas. La Junta Central le habia dado por sucesor al marques de la Romana, no habiéndose este encargado del ejército por

una dolencia que le detuvo algunos dias, hasta que ya restablecido, empezó á ejercer sus funciones, tomando bajo su direccion en la capital leonesa las tristes reliquias que tras tantas desgracias y peligros habia Blake conducido al Ezla. Ahuyentado así por todas partes nuestro ejército de la izquierda, dirijiéronse Lefebvre á Valladolid, Victor á Burgos y Soult á Santander. Este último persiguió por la costa los dispersos y tropas asturianas que se retiraban á su pais, derrotando á 4,000 españoles al mando de Llano Ponte, tras lo cual torció por la Liébana y bajó á las llanuras de Castilla, uniéndosele en breve 8,000 caballos que Napoleon destacó, divididos en gruesas porciones, á fin de asegurar aquel territorio é imponer con sus correrias al ejército ingles.

Este hallábase entonces al mando de Moore, sucesor de Dalrymple, y por cierto que á haber tomado parte en la resistencia uniéndose á Blake desde el principio de las operaciones en esta segunda campaña, otra hubiera sido tal vez la suerte del ejército de la izquierda. Pero el gobierno británico anduvo muy remiso en socorrernos, no saliendo Moore de Lisboa hasta fines de octubre, ni llegando á Salamanca hasta 25 de noviembre. Falto de fe en la causa española, desalentóse el general ingles al saber las derrotas padecidas por el ejército español, y pensó en retroceder de Salamanca, retirándose á Portugal. Una sola consideracion le contuvo, y fué la de creer vergonzoso volver de ese modo la espalda, cuando nuestro ejército del centro se hallaba entero y firme todavia.

En efecto, las tropas de Castaños hallábanse casi intactas aun, sin que los franceses, atentos principalmente á rechazar las de Blake, las hubieran embestido seriamente. Su estado, á decir verdad, no era el mas satisfactorio, siendo como eran inferiores en calidad y en número á las imperiales. Castaños, circunspecto y prudente no queria tomar la ofensiva; pero censurado de poco activo, y estrechado por D. Francisco de Palafox, individuo de la Junta Central, y por el marques de Coupigny y el conde del Montijo, celebró un consejo de guerra el 5 de noviembre, asistiendo á él los personages espresados y otros generales, entre ellos D. José Palafox, el ilustre defensor de Zaragoza. Determinóse en aquella junta acometer al enemigo; pero las aciagas noticias que se recibieron de Blake hicieron suspender la ejecucion de tan aventurada medida. Las murmuraciones contra Castaños tomaron entonces mas cuerpo, llegando al punto de prevenir malamente á la misma Junta Central, quien habiendo nombrado á la Romana para el mando del ejército de la izquierda, segun hemos dicho, dióle tambien el del centro, aunque los acontecimientos impidieron que se llevase á cabo lo acordado. Los franceses tenian al frente de las tropas de Castaños cerca de 60,000 hombres perfectamente dispuestos, y Castaños al ver su actitud, sospechó que los suyos, ascendientes á 40,000 y en estado tan inferior al del enemigo, peligraban en estar avanzados en los puntos que les habia hecho ocupar despues de la derrota de Lerin y la ocupacion de Logroño. Retiró, pues, de Cintruénigo su cuartel general, y abandonando la posicion de Calahorra, se situó con sus tropas á orillas del Queiles entre Tarazona y Tudela, apoyando su derecha en el Ebro. El emperador, cuyo objeto era derrotar nuestras tropas del centro antes de dirigirse á Madrid, cortándoles la retirada hácia este punto, vió que Castaños habia comprendido su intencion de envolverle; mas no por eso desistió de su plan en cuanto á ponerle en derrota antes de marchar á la corte. Celebrado en Tudela el 22 otro nuevo consejo de guerra, variaron los pareceres de sus individuos respecto al partido que con la aproximacion de los enemigos convenia adoptar, opinando Castaños por dirigir el ejército hácia nuestras provincias maritimas y meridionales, y el ilustre Palafox con su hermano por impedir á todo trance la entrada del frances en Aragon. En esto se recibió en la mañana siguiente aviso de que el enemigo venia por la parte de Alfaro, y continuando el debate, hubo de cortarse de súbito, optando á pesar suyo Castaños por la defensa de su posicion, y tomando al efecto disposiciones precipitadas y sin concierto cuando mas apremiaba el apuro. Venian los franceses dirigidos por el mariscal Lannes, cuyos prin-

cipales gefes subalternos eran el de la misma clase Moncey, y los generales Colbert, Lagrange y Mathieu, los cuales tenían á sus órdenes 30,000 hombres, 5,000 caballos y 60 piezas de artillería. El mariscal Ney con 20,000 combatientes estaba en Soria y no tomó parte en la batalla, como pudo hacerlo; pero en cambio, apurados los nuestros no pudieron oponer tampoco á los enemigos sino solo 20,000 hombres de los 40,000 de que constaban. El frances acometió por la parte de Tudela á los valencianos, murcianos y aragoneses, y fué rechazado: volvió nuevamente á la carga y hubo tambien de retroceder precipitadamente; pero sobreviniendo Morlot, que habia rechazado á los nuestros en otro punto, hubo de replegarse nuestra izquierda á las inmediaciones de Santa Bárbara, tras lo cual resolviendo Mathieu, que habia por dos veces sido rechazado, comenzó nuestro centro á flaquear, acabando por declararse en derrota, merced á una terrible acometida de la caballería de Lefebvre. Castaños sin poderse valer ni poder auxiliar



BATALLA DE TUDELA.

á la Peña, que se hallaba amenazado en Cascante, retiróse en desórden á Borja. La Peña en la primera acometida que recibió de los franceses en dicho punto los rechazó completamente, dejando herido al general Lagrange; pero aumentado el número de los contrarios, fué puesto en derrota á su vez, y volvió á Cascante de nuevo. Las tropas de Andalucía, existentes en Tarazona, no tomaron parte en la accion por la inconcebible tardanza de su general Grimarest, que á pesar de la órden de Castaños, no se acercó á Cascante hasta de noche, cuando todo estaba perdido. Dichas tropas no obstante pudieron retirarse en con orden á Borja con dos sus cañones.

Esta desgraciada batalla nos costó 2,000 prisioneros, gran número de muertos y toda la artillería del centro y derecha del ejército, perdiéndose ademas los almacenes que teníamos en Tudela, quedando igualmente cortada una parte de la vanguardia mandada por el conde de Cartaojal. No nos faltó el valor, sino el concierto, dependiendo esa falta en gran parte del mismo conflicto en que estábamos, y de no haberse tomado sino muy tarde las disposiciones precisas para que la accion tuviese otro éxito.

Los aragoneses, murcianos y valencianos que habian escapado libres del combate, rennieron en Zaragoza con la mayor parte de sus gefes, preparándose en aquella ciudad inmortal á resistir el nuevo sitio que, segun todas las apariencias, no podian los franceses tardar en ponerles. Palafox se habia dirigido á la mencionada ciudad en la misma mañana del 19. Castaños con el ejército de Andalucía salió de Borja y se dirigió á Calatayud, no tardando en ocupar el primero de dichos puntos las tropas de Mathieu y de Ney. En Calatayud supo Castaños, por aviso de la Junta Central, que Napoleon avanzaba á Somosierra con direccion á Madrid, y en consecuencia obedeció la órden que se le dió de oponerse á los progresos del enemigo, saliendo el 27 de Calatayud y tomando el camino de Sigüenza. El general Venegas con 5,000 hombres protejia la marcha de Castaños á la retaguardia de este. Los franceses trabaron un combate con el espresado Venegas, creyendo envolverle cerca de Bubierca con sus tropas, dobles en número á las que acaudillaba nuestro gefe; pero este se sostuvo con denuedo, batallando casi todo lo que duró el dia, siendo el resultado obligar á hacer alto á los franceses, y dejar espedito á Castaños para llegar con los suyos á Sigüenza, como lo consiguió felizmente. En esta ciudad fué reemplazado por el general la Peña, quien de órden de la Junta Central se encargó interinamente del mando del ejército del centro.

Napoleon entretanto, viendo desbaratadas ó puestas en fuga las tropas de este, y derrotadas y deshechas las del ejército de la izquierda y Estremadura, encaminó sus pasos á Madrid, no habiendo ya apenas obstáculo que le embarazase en su marcha. La Central tenia encargada á D. Tomás de Morla y al marques de Castellar la defensa de los pasos de Guadarrama, Fonfria, Navacerrada y Somosierra. Era este último el punto que mas peligraba, y el general D. Benito San Juan se situó en él con 12,000 hombres y alguna artilleria. Napoleon, que nada deseaba tanto como apoderarse sin dilacion de la capital de España, habia distribuido sus tropas en términos de poder imponer á cuantos se opusiesen á sus miras, mandando á Lefebvre invadir la tierra abierta de Castilla por Valladolid, Almedo y Segovia, mientras Soult contenia á los ingleses, y los mariscales Moncey y Ney se dirijian respectivamente contra la capital de Aragon y las tropas mandadas por Castaños. Dadas estas disposiciones, colocóse él en persona al frente de su guardia imperial y de las tropas de Victor y la reserva, saliendo el 28 de Aranda de Duero, y situando el dia siguiente en Boceguillas su cuartel general. Hallábase apostado en Sepúlveda, en lo alto del puerto, un cuerpo de tropas españolas al mando de D. Juan José Sarden, enviado allí de vanguardia por San Juan: acometido por los franceses en la mañana del 28, en número de 4,000 infantes y 1,000 caballos, obligólos Sarden á desistir de su inútil empeño en desalojarle de la posicion que ocupaba, durando el combate tres horas, al cabo de las cuales replegaronse los franceses. Este triunfo, que tanto prometia, estuvo no obstante muy lejos de producir los frutos que teníamos derecho á esperar. Esparcida la voz de que los franceses se preparaban á caer sobre aquel puesto avanzado con fuerzas mucho mas numerosas, apoderóse de los nuestros un irresistible terror, y retirándose Sarden á Segovia en la noche del 29, quedó solo San Juan en el puerto con harto escasa gente para hacerse respetar en la posicion que ocupaba. Atacáronle los franceses, rodeados de una niebla densisima, con una gruesa columna y 6 piezas de artilleria; pero fueron rechazados con vigor. A este tiempo habia Napoleon llegado al pié de la Sierra, y sin perjuicio de otras dos columnas que á derecha é izquierda de los nuestros acababa de enviar, mandó á los lanceros polacos y cazadores de su guardia embestir á escape, por la calzada, nuestra principal bateria. Bizarra fué la carga que dieron, pero costóles cara su osadía, porque el suelo quedó rebosando en cadáveres. Una segunda carga, dada á tiempo que las columnas enemigas de derecha é izquierda comenzaban á hacer peligrosa la posicion de los nuestros en los flancos, hizo que nuestro frente se alarmase y empezase á ceder, creciendo brevemente el desórden, y acabando nuestra gente por huir precipitadamente, desamparando la artilleria. Lleno de bravura San Juan, recorria

el campo por en medio de los mismos ginetes enemigos para ordenar de nuevo nuestras tropas; pero siendo vano su arrojo, vióse al fin precisado á abrirse paso por entre las falanges francesas, llegando herido á Segovia.

Forzado el paso de Somosierra, era de todo punto irrealizable la defensa de Madrid, y mas careciendo de tropas propiamente dichas, siendo todas ellas bisoñas, esceptuando una escasa guarnicion. Agitada la muchedumbre, agolpóse el 30 á la casa del capitan general, pidiendo á gritos se la armase luego. Verificóse asi inmediatamente, aunque de una manera incompleta, distribuyéndose 3,000 fusiles y dando al resto del vecindario chuzos y otras armas blancas que se pudieron facilitar. Aspilleráronse las tapias que circundan á Madrid; se abrieron y artillaron fosos delante de sus puertas; desempedráronse varias calles, y quedaron cortadas con zanjas las de Atocha y de Alcalá, y la Carrera de San Gerónimo. Medidas todas adoptadas de pronto, é incapaces de convertir la capital en punto susceptible de defensa, no siéndolo de suyo en ningun modo. El valor, no obstante, era grande, y habia confianza en el empeño, vistos los milagros que en aquella guerra produjo, en puntos igualmente insostenibles, la patriótica exaltacion popular. Por desgracia los medios eran pocos, no existiendo punto ninguno que, fuerte por naturaleza, pudiera hacerse mas por el arte. Antes de comenzar á combatir sintióse la escasez de cartuchos, habiendo algunos de estos que contenian dentro arena en vez de pólvora. Achacóse al marques de Perales, regidor de Madrid, por una antigua manceba suya, esta última supercheria, añadiendo voces siniestras sobre tratos del mismo con Murat, con otras especies alarmantes relativas á la entrega de la puerta de Toledo, pactada, segun se decia, por el espresado marques. Idolo este del pueblo bajo, convirtióse de pronto en objeto de su resentimiento y furor, siendo invadida su casa por las amotinadas turbas, que cosiéndole á puñaladas, le arrastraron despues por las calles, siendo inocente de la iniquidad que se le atribuia. Temióse entonces que tras esa victima sacrificase el vulgo algunas mas; pero la aproximacion del enemigo y la influencia de varios sugetos impidieron que pasase adelante la anarquía. Tras algunas partidas sueltas de caballería, dejáronse ver el 2 por la mañana dos divisiones de dragones á la parte del Norte, llegando Napoleon á Chamartin á las doce del mismo dia. Como la infanteria enemiga no estaba reunida aun, contentóse el emperador por de pronto con intimar la rendicion á los madrileños por medio del mariscal Bessieres; pero fué rechazada la propuesta con indignacion y enerjia. Pasó, pues, el 2 sin ocurrir en él hecho ninguno que pueda llamarse notable, limitándose los que hubo á algunos tiroteos entre las avanzadas. A las doce de la noche renovaron los franceses su intimacion, y á las nueve del dia siguiente rompió la artilleria enemiga contra las tapias del Retiro, batidas por 50 cañones á la parte de oriente, mientras otras piezas llamaban la atencion de los nuestros en diversos puntos desde la puerta del Conde-Duque hasta la de Recoletos y Alcalá. Una de nuestras baterias situada en la Veterinaria, impidió con sus bien dirigidos disparos la entrada del enemigo por la segunda de dichas puertas, lanzando sus proyectiles con tal oportunidad, que se vió precisado el francés á replegarse. Situado Napoleon junto á la fuente Castellana, dirijia á los suyos desde allí; pero cayendo á sus piés algunas balas de cañon, hubo de retirarse tambien, colocándose mas atras. El punto principal de sus ataques era el Retiro, no siendo las demas embestidas, generalmente hablando, sino para distraer la atencion de los defensores.

Dicho punto, el mas importante, por ser el que domina la plaza, se hallaba defendido por el paisanage y por alguna tropa recientemente creada; pero descuidado en extremo desde la salida de José, no era posible allí la resistencia. Hubo serenidad algun tiempo en los que de ella estaban encargados; mas habiendo penetrado en el recinto, derribada una parte de la tapia, la division del general Villate, desconcertáronse nuestros guerreros y abandonaron su posicion. Los franceses entonces avanzaron hasta el Prado. La gente que teniamos en las puertas de Recoletos, Alcalá y Atocha replegóse en sazón oportuna á las cortaduras que se habian hecho en las calles inmediatas. Firme allí, y sin desanimarse por la

pérdida del Retiro, hizo frente serena á los contrarios, en la calle de Alcalá sobre todo.

Poco antes del mediodía contestó el marques de Castelar, capitán general de Madrid, á la intimación que en la víspera le fué hecha, pidiendo la suspensión de las hostilidades por lo que restaba del día, á fin de enterarse de la disposición de los ánimos, y consultar á las autoridades mientras espiraba ese plazo. Llegada esta petición al cuartel general del emperador, contestó este á las doce del día que suspendería el ataque hasta las dos de la tarde, y que si pasaba ese término sin verificarse la entrega de la plaza, seguiría adelante en su propósito de apoderarse de ella á todo trance y con todos los rigores de la guerra. Hallábanse nuestras autoridades reunidas en junta en la casa de Correos, y oída la promesa de que, caso de capitular, se olvidaría todo lo pasado, enviaron como comisionados suyos al general Morla y á D. Bernardo Iriarte para avistarse con Napoleón. Este se indignó al ver á Morla, recordando su mal proceder con los prisioneros franceses despues de la capitulación de Andújar, y le amenazó con fusilarle, lo mismo que todas sus tropas, si antes de las seis de la mañana del día siguiente no volvía con la noticia de haberse sometido Madrid. Dió Morla cuenta de su comisión á la Junta, y esta se puso á deliberar, siendo algunos vocales de opinión que debía prolongarse la resistencia; pero la mayoría estuvo por la rendición. En consecuencia partió Morla á las seis de la mañana del 4, con el gobernador militar de Madrid D. Fernando de la Vera y Pantoja, al cuartel general del emperador, llevando á este la capitulación, que fué aprobada en todas sus partes con leves modificaciones. Las tropas, segun el tratado, debían salir de la plaza con todos los honores de la guerra, y quedar en libertad de combatir nuevamente; pero Napoleón no comprendió en esta gracia á los militares antiguos, los cuales debían quedar prisioneros de guerra hasta ser canjeados, quedando por consiguiente la concesión limitada á las tropas de nueva formación, ó cuyo alistamiento no contaba sino cuatro meses de fecha: asegurábanse también las vidas, propiedades y empleos de todos los individuos existentes en la heroica villa, con olvido de todo lo pasado, la conservación de nuestras leyes, costumbres y tribunales, y la no exacción de mas contribuciones que las que hasta entonces se habían ordinariamente pagado, entendiéndose por el emperador los dos últimos puntos hasta la organización definitiva del reino: últimamente, y con preferencia á todo, pactóse conservar la religión católica apostólica romana, sin tolerar ninguna otra.

Las condiciones de la entrega eran, como se vé, honoríficas y aceptables; pero el marques de Castelar, no creyéndolo así, ó juzgando mas bien que el enemigo faltaría á ellas, no quiso presenciar aquel acto, ni hacer de él partícipes á los suyos; y salió en consecuencia la noche del 3 camino de Estremadura, siguiéndole la poca tropa que habia, ni mas ni menos que antes lo habia hecho el vizconde de Gante, escapándose de la puerta de Segovia, cuya defensa estaba á su cargo, y tomando la dirección del Escorial, á fin de reunirse con las tropas que mandaban San Juan y Heredia. Varios de nuestros defensores, discordes también con la idea de rendirse de modo alguno, establecieron en el nuevo cuartel de Guardias de Corps con intención de resistirse allí; pero ocupados ya por los franceses los puntos principales á las diez de la mañana del 4, y habiéndose empeñado con los renitentes el corrajido en persona, rindiéronse estos al fin, despues de algun tiempo pasado en repetidas contestaciones. Quedó, pues, Napoleón dueño de la capital de la monarquía sin necesidad de muchos esfuerzos; pero ella se habia resistido, y esto era bastante para probar á la Europa que solo á la fuerza cedia: circunstancia importante y contraria á los planes del emperador, á quien hubiera convenido mucho, para iludir á ciertos gabinetes, poder alegar que su entrada en Madrid habia carecido de obstáculos.

La capitulación fué violada, como temia Castelar, puesto que desde el mismo Chamartín, donde se hallaba el emperador, fulminó este el propio día 4 varias

providencias de proscripción, faltándose así á la cláusula en la cual se estipulaba que nadie pudiera ser vejado ni perseguido por hechos anteriores á la entrega. El marques de San Simon, emigrado francés al servicio de España desde la guerra con la república, fué preso y condenado á muerte por una comision militar, si bien fué conmutada la pena, merced á las lágrimas de su hija, en la de ser conducido á Francia. La misma suerte de deportacion cupo al principe de Castel-Franco, al conde de Trastamara, al marques de Santa Cruz del Viso, al decano del Consejo D. Arias Mon y á otros magistrados. El Consejo de Castilla fué abolido, quedando sus individuos detenidos como en rehenes. Al lado de estas providencias vejatorias y contrarias á la letra y espíritu de la capitulacion, habia otras que aunque le eran hostiles tambien, podian sin embargo considerarse como útiles reformas: tales fueron las medidas por las cuales quedó abolida la inquisicion, suprimidas las dos terceras partes de los conventos, abolidos los derechos señoriales y puestas las aduanas en las fronteras. La política de Napoleon, no desfavorable en un principio al tribunal del Santo Oficio, tomó ahora, como se vé, distinto rumbo, proponiéndose sin duda de ese modo hacer contrastar sus providencias con las de la Junta Central, contrarias en su mayoría á la índole y progresos de la época, y ganarse el apoyo de las clases ilustradas, en las cuales hubo algunos individuos que abrazaron entonces la causa francesa como mas favorable á la reforma.

Napoleon estuvo por algun tiempo constantemente en Chamartin, con la sola escepcion de un solo dia, en que muy de mañana y en medio del silencio de la poblacion atravesó las calles de Madrid. Al visitar el real palacio, se dice que le



ENTRADA DE NAPOLEON EN MADRID.

pareció magnífico, y que su vista le hizo exclamar: *mi hermano ha tenido aqui mejor morada que yo*. Estas espresiones revelaban en él un como sentimiento de pesar. Napoleon en aquella época sintió haber cedido á su hermano un trono tan bello, y empezó á vacilar sobre el partido que adoptaria en cuanto á dividir la España en vireinatos, bajo su dominacion inmediata, ó reponer á José en el sôllo español. El dia 7 de diciembre espidió la siguiente proclama, y en ella se puede advertir la vacilacion de que hablamos:

«Españoles, decia el emperador: habeis sido perdidos por hombres pérfidos que os han empeñado en una lucha insensata y os han obligado á correr á las armas. ¿Hay alguno entre vosotros que reflexionando un momento lo que acaba de sucederos, no se halle convencido de que habeis sido el juguete de los enemigos perpétuos del continente, que se gozan de ver vertida la sangre española y francesa? ¿Cuál pudiera ser el resultado aun del suceso de algunas campañas? Una guerra de tierra sin fin, y una larga incertidumbre sobre la suerte de vuestras propiedades y vuestra existencia. En pocos meses os habeis entregado á las agonias de las facciones populares. Algunas marchas han bastado para la ruina de vuestros ejércitos. He entrado en Madrid: los derechos de la guerra me autorizaban á dar un grande ejemplo y á lavar con sangre los ultrages hechos á mi y á mi nacion. Solo he escuchado la clemencia. Algunos hombres, autores de todos vuestros males, serán solamente castigados. Bien pronto arrojaré de la Península ese ejército inglés, enviado á España, no para socorreros, sino para inspiraros una falsa confianza, para perderos. Os habia dicho en mi proclama de 2 de junio que queria ser vuestro regenerador; pero os haceis sordos á mis voces resistiendo á mis fuerzas, queriendo que yo os mandase, no por vuestra voluntad y consentimiento, sino por los derechos de la guerra. Nada sin embargo alterará mis disposiciones. Quiero aun alabar lo que haya podido haber de generoso en vuestros esfuerzos: quiero reconocer que se os han ocultado vuestros verdaderos intereses; que se os ha disimulado el verdadero estado de las cosas.

«Españoles: vuestro destino está en mis manos. Desechad los venenos que los ingleses han derramado entre vosotros. Que vuestro rey esté seguro de vuestro amor y vuestra confianza, y sereis mas poderosos, mas felices que no lo habeis sido hasta aquí. He destruido cuanto se oponia á vuestra prosperidad y grandeza; he roto las trabas que pesaban sobre el pueblo. Con el rey que yo os doy tendreis una monarquía dulce, suave y liberal, y nadie tendrá motivos para quejarse de su gobierno: solo depende de vosotros el gozar de este insigne beneficio que os proporcionará la Constitucion de Bayona, que se ha formado con tanta prudencia y sabiduría.

«*Pero si mis esfuerzos son inútiles, sin o correspondéis á mi confianza, no me restará otro arbitrio que el de trataros como provincias conquistadas, y COLOCAR Á MI HERMANO EN OTRO TRONO. CEÑIRÁ ENTONCES MIS SIENES LA CORONA DE ESPAÑA, y sabré hacer que los malvados me respeten; pues Dios me ha dado la voluntad y fuerza necesarias para superar todos los obstáculos. En nuestro campo imperial de Madrid á 7 de diciembre de 1808.—Firmado Napoleon.—Por el emperador, el ministro secretario de Estado, Hugues B. Mareto.*»

Los dias despues de esta proclama, presentóse al emperador en Chamartin el correjidor de Madrid al frente de una gran diputacion, compuesta de dos rejidores, tres diputados del comun, dos abades, dos curas párrocos, dos individuos del cuerpo colegiado de la nobleza, otros dos de los cinco Gremios mayores, diez en representacion de las sesenta y cuatro diputaciones de los barrios, y cuatro á nombre de los vecinos honrados de las parroquias de la villa. El correjidor, con arreglo á lo que el mismo Napoleon habia ordenado, imploró su clemencia, y le pidió restituyese al trono de España á su hermano José. Napoleon contestó que aprobaba los sentimientos de la villa de Madrid; y despues de dar las razones en que se habia fundado para reducir el número de los frailes, para abolir la inquisicion, para castigar con el destierro á diez de los proscriptos en Burgos, para suprimir los derechos señoriales y feudales, y para concluir con las justicias particulares, manifestó su firme propósito de lanzar á los ingleses de la Península, y su confianza en someter por la persuasion ó por la fuerza de las armas las ciudades de Zaragoza, Valencia y Sevilla, añadiendo que no habia obstáculo ninguno capaz de retardar por mucho tiempo la ejecucion de su voluntad.

«Pero lo que es superior á mi poder, prosiguió, es constituir á los españoles en nacion bajo las órdenes del rey, si continúan imbuidos en los principios de di-